

Mundo y texto. Interrelaciones

[Publicado en revista *Airriños*, nº 5, mayo 2004, pp. 12-13]

Vicente Luis Mora

Este libro único
Pronto, muy pronto lo leerás
En sus páginas salta la ballena

Khlebnikov

Robert L. Curtius dedicó una buena parte de su monumental estudio sobre la literatura medieval a recoger manifestaciones del tema del *mundo como texto*, tema que cuenta con una secular tradición a que se refiere Sánchez Robayna en sus escritos sobre Góngora, y que también tentó a Dante, Campanella (“*Il mondo è il libro*”), Hebel¹, Khlebnikov (*El libro único*), Baudelaire, Mallarmé², Elytis (*Regalo poema de plata*), Francis Ponge y Philip Sollers (*Dramè*). Por otro lado, tenemos los autores que crean mundos paralelos (García Márquez, Faulkner, Rulfo, Benet, Roussel, Andrés Ibáñez, Luis Mateo Díez) o imaginarios (autores de ciencia ficción). Pero luego hay una serie de autores que plantean una tentativa si cabe más ambiciosa.

Me refiero a la *escritura del mundo*, de *este mundo*. Hablo de la tentativa inconcluible de recoger en el libro todo lo que nuestro planeta es y todo lo que somos sus habitantes. Hay diversas tentativas antiguas, posteriores a los mitos: *De rerum natura*, de Lucrecio, o la *Divina Comedia*, de Dante (aunque no fuera éste cabalmente su objeto, sino el pasmoso resultado). Pero es modernamente cuando esta tendencia literaria cobra forma per se, aunque no podamos, creo,

1. V. J. P. Hebel, “Consideraciones generales sobre el edificio del universo”, en *El amigo de la casa*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1999.

2. “Todo existe para estar en un libro”. J. M. Cuesta Abad contrapone las visiones de Mallarmé y del *vasto diccionario* de Baudelaire, ya secularizadas, de la concepción barroca de Gracián: “dicurrió bien quien dijo que el mejor libro era el mismo mundo” (*El críticón*). Véase al respecto su *Poesía y enigma*, Huerga y Fierro, Madrid, 1999, pp. 83 y ss; y Roland Barthes, *Variaciones sobre literatura*, Paidós, Barcelona, 2002.

hablar de movimiento. Italo Calvino, en *Seis propuestas para el próximo milenio*, dedicaba gran parte de la quinta, *Multiplidad*, a recoger muestras de ese "gran desafío" que consiste en "poder entretrejer los diversos saberes y los diversos códigos en una visión plural, facetada, del mundo". Entre ellas, además de alguna que concretaremos después, está la de Goethe, que quería escribir "una novela sobre el universo"; propósito imposible, desde luego, pero que de haber estado al alcance de *un solo* hombre de la Historia de la humanidad, hubiera sido al suyo. Otro autor germánico, Novalis, se proponía escribir un "libro absoluto", y Humboldt "con *Kosmos* lleva a buen fin su proyecto de una *descripción del universo físico*". Jules Romains intentó retratar "el mundo desde 1908 hasta 1933" en los veintisiete tomos de su novela *Los hombres de Buena Voluntad*, según Darío Villanueva. Más tarde, otro autor italiano, Franco Moretti, ha llamado a estas obras *opere mondo*, entre las cuales incluye *Fausto*, *Moby Dick*, *El anillo del Nibelungo*, *Cantos*, *La tierra baldía*, *El hombre sin atributos*³, *Cien años de soledad*; sólo las obras de Pound y Musil llenan las condiciones que nosotros requerimos para este ensayo. José-Carlos Mainer, en *La escritura desatada*, incluye otro ejemplo válido, el *Ulysses* de Joyce, aunque más por resultado que por pretensiones, por cuanto en un principio al menos, el escritor irlandés no quería dar una imagen total del mundo, sino sólo de Dublín ⁴.

Otros ejemplos más modernos y que no cita Calvino serían el enorme poema *Patterson*, de William Carlos Williams, heredero de un pariente lejano, las *Hojas de hierba* de Whitman, aunque en el último supuesto estamos más en la consecución de un yo o un *nosotros* que de un todo. Está también la épica menor descrita por Joseph Mitchell en *El secreto de Joe Gould*, donde retrata al indigente homónimo, escritor aplazado que proyectaba una inmensa Historia Oral de Norteamérica, que no llegó jamás a realizar; hace poco ha repescado la idea Paul Auster, editando en *Creí que mi padre era Dios* una selección de 179 relatos de los 4000 que recibió de los oyentes de un programa de radio. El intento es irrealizable (apenas ha participado el 0'15% de la población y además Auster exigió historias reales), pero curiosamente es más factible si lo intenta una persona sola. Una de las que lo intentó fue el novelista norteamericano Thomas Wolfe, cuyas novelas (*El ángel que nos miray Del tiempo y del río*) fueron sólo fragmentos de la bárbara miríada de legajos de papel que enviaba a sus editores. Según Peter Conn, "el grandioso deseo de Wolfe de abarcar el mundo lo llevó, probablemente sin que se diera cuenta, a adoptar un estilo de inclusión, multiplicación, saturación"⁵: actuaba como acumulador de datos y dejó inéditas decenas de miles de páginas. De idéntico modo, ha quedado inconclusa la tentativa de Peter Weiss, quien postergó para concentrarse en la escritura de *La indagación* la redacción de una nueva *Comedia* que recogiera la universalidad; un volumen de

3. Ricardo Piglia escribe sobre la novela de Musil: "un libro cuya concepción misma excluye las posibilidades de darle fin. La novela infinita que incluye todas las variantes y todos los desvíos; la novela que dura lo que dura la vida de quien la escribe". Cita otro buen ejemplo: el *Museo de la novela de la Eterna*, de Macedonio Fernández (*Formas breves*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 24).

4. Un hermoso retrato de un libro cósmico está en *Labia*, de Eloy Tizón, donde uno de los personajes imagina que Carlomagno ordenó escribir un libro para cada uno de sus castillos, que atarearía a "generaciones enteras de copistas y amanuenses". El libro intenta recoger el mundo tan fehacientemente que incorpora "fósiles, manchas de algas, erizos", creciendo tanto que apenas cabe en el castillo. Todos los libros acaban por formar parte de él (Anagrama, Barcelona, 2001, p. 35).

5. P. Conn, *Literatura norteamericana*, Cambridge University Press, Madrid, 1998, p. 268.

proporciones no imaginables en el que narración y fantasía, documento y sueño (por utilizar términos contrapuestos para Ingmar Bergman) se enlazaran, denunciando con preferencia todas las tiranías que sujetan históricamente al hombre. Para ello, durante meses Weiss recortó miles de periódicos, revistas, fotos, noticias, declaraciones, que irían encajando con parsimonia en el oceánico rompecabezas global. El hecho de acudir –como Arthur Miller– al proceso de Nüremberg para obtener información candente sobre uno de los máximos ejemplos existentes de atentados contra la Humanidad pospuso, ya para siempre, su desenfrenado empeño. Aunque no deja de inquietarme una pregunta: ¿qué hubiera pasado si Weiss hubiera *terminado* su libro? ¿Hubiera sido posible escribir después? El propio Calvino, al evaluar los sistemas de escritura *en red* que se proponen cubrir progresivamente toda la realidad (Gadda, Musil) ya advierte que, necesariamente, están destinados a quedar incompletos. Por mucho que se diga, acaban diciendo las *Seis propuestas*, queda aún un poco que decir.

Me parece interesante a estos efectos demorarme en conductas paralelas a las anteriores (y de recíproco desconocimiento por sus practicantes) que he advertido en varios creadores. Comenzaremos por Mallarmé. Como es sabido, Mallarmé murió intentando construir el Libro:

...un libro lisa y llanamente, en muchos tomos, un libro que sea un libro, bien construido y premeditado, y no una recopilación de inspiraciones del azar, por muy maravillosas que fueran... iré aún más lejos y diré: el Libro, convencido de que en el fondo, sólo hay uno, intentado sin saberlo por cualquiera que haya escrito, incluso los genios. La explicación órfica de la Tierra, que es el único deber del poeta y el ejercicio literario por excelencia... 6

Para ello, dejó cientos de pequeños papeles con anotaciones fragmentarias e independientes que en teoría deberían ser leídas en cualquier orden y seguir teniendo siempre significado poético. La conclusión de ese trabajo infinito daría como resultado el Libro total, quizá el citado por Borges en *La biblioteca de Babel*, aquél con el que todos los bibliotecarios soñaban por las noches; quizá el mismo que el protagonista de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, llamado Burgos (relación nominal ya advertida de sobra, ver estudios de García de Enterría y María Esther Vázquez), intenta salvar del incendio de la suya, ése del que decía Bataille que cómo negarse a intentar escribirlo. Pero el de Mallarmé es sólo el primer caso. Juan Bonilla, en un artículo sobre el compositor francés Erik Satie, cita el legado de éste consistente en miles de pequeños papelitos en los que resumía su filosofía personal, su pensamiento, y el intento decidido de ser "una persona como los otros", un ser normal. Tercer ejemplo: volvemos a Borges. Su texto "Nathaniel Hawthorne", incluido en *Otras inquisiciones*, uno de los libros de ensayos literarios más memorables de la historia de la literatura, contiene este apunte sobre Hawthorne: "En el mismo diario (...) anotó miles de impresiones triviales de pequeños rasgos concretos (el movimiento de una gallina, la sombra de una rama en la pared) que abarcan seis volúmenes, cuya inexplicable abundancia es la consternación de todos los biógrafos"⁷.

6. Stéphane Mallarmé, citado por Maurice Blanchot en *Faux pas*. Cf. S. Mallarmé, *Fragmentos sobre el Libro*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, 1999.

7. Descubro con sorpresa en un texto autobiográfico de G. Orwell (*Por qué escribo*, 1946), una pulsión similar: "durante quince años o más, estuve realizando un ejercicio literario (...) era la invención de una historia continua sobre mi mismo (...) pronto (...) se convirtió progresivamente en una descripción de lo que iba haciendo y de las cosas que veía (...) parecía que hacía este esfuerzo descriptivo casi contra mi voluntad, movido por una especie de coacción que venía de fuera". Algo parecido le ocurrió en sus últimos días al novelista de ciencia-ficción Philip K. Dick, véase Emmanuel Carrère, *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos. Philip K. Dick, 1928-1982*, Minotauro, Barcelona, 2002.

Enrique Vila-Matas añade en *Doctor Pasavento* (2005) un ejemplo inventado más a esta familia de miniaturistas, el profesor Morante, y repesca uno auténtico, el del poeta y novelista suizo Robert Walser:

Era inevitable no recordar que Robert Walser, a partir de la década de los años veinte y hasta 1933 (año en que entró en el primero de sus dos manicomios, el de Waldau, y cesó toda actividad literaria), produjo lo que posteriormente se conoció como *microgramas*, textos escritos a lápiz en letra minúscula no sólo sobre hojas en blanco sino también sobre recibos, telegramas y otros papeles por el estilo. Durante mucho tiempo se había pensado que esos textos estaban redactados en un tipo de escritura indescifrable inventada por el propio Walser, hasta que se descubrió que se trataba simplemente de una cursiva alemana corriente, escondida, eso sí, detrás de la pequeñez del trazo.⁸

Brevemente diré que aunque pudiera parecer que el objeto de tal acopio indiscriminado de impresiones o revelaciones sea estético en el caso de Mallarmé, íntimo en el de Satie, exorcismo demoníaco en el de Hawthorne, o víspera de enajenación en el de Walser, todos responden en realidad a un intento magno y ciclópeo de recepción y construcción del mundo por sendos artistas, perdidos a veces en sus infiernos personales, deseosos de lograr un punto de apoyo, una estructura firme a partir de la cual dar vigor y realidad a sus pensamientos, cuando no a un deseo angustioso de no perderlos, de no *perderse*. Evadirse, en fin, del sueño, para encontrar un mundo real, propio, en que ahuyentar esa tendencia del creador a considerarse parte de la imaginación de los otros; llevar a cabo ese "himno gigante y extraño", del que hablaba Bécquer, donde tengan cabida todas las voces; un mundo en el que el desorden sea imposible, por la arquitectura *orgánica* con que se han diseñado sus planos. *El fin de todo autor*; decía alguien, *es crear un nuevo mundo*. Por eso escribía Steiner en *Presencias reales* que hay un agón, una competición agonística entre cualquier creador y Dios, el creador primario (creador de creadores), que culmina con la sustitución de una divinidad por otra, como pudo verse claramente en los casos de Matisse o Picasso⁹. El escepticismo teológico de los , artistas desde mitad del siglo XIX es, en realidad, una legítima defensa. Intentan colocarse en un estatus de superioridad *para estar solos a la hora de crear*. Para pensar, o cerciorarse, de que su obra es solamente suya y no hay detrás, como en el soneto de Borges sobre el ajedrez, una mano anterior (superior) que empiece la trama. Estamos ante el sueño de lograr un mundo, un *lugar* en el cual, a partir de millares de textos disímiles, se opere el milagro de una *existencia* nueva, ya sin la necesidad de Dios. Un lugar físico construido a partir de signos. Un templo con muros de tinta. Una bibliomaquia devenida, irreversiblemente, topomaquia.

8. E. Vila-Matas, *Doctor Pasavento*, p. 101. A su vez, la escritura escondida y casi indescifrable podían remontarnos a los cientos de páginas aún por descifrar de Leonardo da Vinci, cuya técnica de escritura aún permanece, por desgracia, secreta. El hecho de escribir cientos de escritos breves y casuales en superficies volanderas y casuales nos trae a la memoria la costumbre idéntica del poeta Pedro Garfias (cf. Ángel Sánchez Pascual, "Inéditos de Pedro Garfias", en *Litoral*, julio de 1982, número dedicado a Garfias).

9. El compositor Arnold Schoenberg ya dio con la tecla y propuso en una carta al poeta Richard Dehmel (fecha el 13/12/1912) una curiosa conclusión: "el hombre de hoy, que ha pasado por el materialismo, el socialismo, la anarquía, que era ateo, pero que ha conservado dentro de sí un pequeño resto de la antigua fe (en forma de superstición), cómo este hombre moderno disputa con Dios (...) y así consigue encontrar a Dios y volverse religioso".